

El ansioso jueves

Juan Sebastián Galindo Sánchez

Ya casi es viernes y eso me hace feliz. Me pregunto si todos esperan de la misma forma el final de la semana; tengo tantas cosas que hacer que mi cabeza es un revoltijo. Me siento tan preocupado de lo que puede pasar que hasta he imaginado situaciones incómodas que parecen sacadas de una película de suspenso. Tal vez no debería estar despierto hasta altas horas de las noches viendo cine.

Me parece irrelevante que me dé por vencido sabiendo que he hecho mil y una cosas para estudiar lo que siempre quise. Comprendo que en el momento me pareciera que todo está en mi contra; muchas veces me ha parecido así, y después, las cosas no han sido tan difíciles. Pensándolo bien, he sobrepasado situaciones más complejas.

A veces siento que el mundo para repentinamente; entonces, miro a mis compañeros, mi alma regresa al cuerpo y digo: ¡Hoy es jueves! Con incredulidad, reviso el calendario no sea que esté equivocado o que mi celular no tenga la fecha correcta. El jueves comienza como cualquier otro día, con la excepción de que la asistencia a la primera clase es a las 7 de la mañana. ¡Ay, a las 7... qué dolor! Entre alucinaciones, escucho una leve tonada (el despertador) y siento que un elefante me aplasta. Fijo la mirada hacia arriba, pensando que muy pronto estaré sentado en el salón de clase.

De repente, una corriente eléctrica recorre mi cuerpo y listo, ya estoy en el baño aunque no puedo despegar mis ojos en la ducha. Sé perfectamente lo que me espera y aún así, guardo la ilusión de que por obra de algún acontecimiento totalmente ajeno, el agua no sea como los helados mares polares. Una vez más, mis deseos no son cumplidos. Luego, todo pasa como en un minuto. Cierro los ojos, uno, dos, tres y al abrirlos, estoy entrando al salón de clases. Tomo mi lugar de siempre. Me siento flotar en una nube esponjosa y cálida. En ese momento, no sé si lo que está enseñando la profesora es en verdad lo que me pasa o si lo que oigo es producto de un sueño ¿Ya terminó la clase?

Bajo apresuradamente las escalas hacia mi próximo compromiso. En ese momento, como de costumbre, la doctora entra con el quiz en sus labios. Mis manos se agilizan tomando copiando cada palabra mientras una hoja con mi nombre espera impacientemente ser escrita. Se alegra mi día al darme cuenta que la respuesta es bastante sencilla.

De repente, me encuentro con mis compañeros en un lugar tranquilo. Con la mirada fija en el trabajo que próximamente entregaremos, leemos y añadimos los últimos toques. De la nada, salen nuevas ideas. Nos damos prisa al ver que la hora de la entrega está próxima, luego revisar, despejar algunas dudas y decidir qué cambiar o agregar. No es raro que a cinco minutos de la hora pactada, estemos terminando. Sin perder segundo alguno, comenzamos nuestra travesía. Miro el reloj, suplicando que el tiempo pase lentamente pero mi angustia se incrementa. ¡Por Dios! El viaje fue eterno pero aquí estamos. Tomamos el ascensor deseando que alguna especie de portal nos lleve de inmediato. Los últimos pasos ocurren en cámara lenta. Cuento mis respiraciones. Miro

nuevamente el reloj: 3:00 p.m. Tengo una sensación de alivio. Estamos como se diría "sobre el tiempo". Al entregar el trabajo siento como si me quitaran una parte del alma. Mi cuerpo se aliviana y estoy en verdad agradecido. Mi cabeza flota libre al no tener obstáculo alguno. Y ahora, esperar a que el próximo jueves llegue.